

EL BLANCO ES LA FAMILIA

POR

THOMAS MOLNAR

Sería difícil ocuparse de la «politización sexual» de la familia durante las últimas décadas sin llamar la atención sobre otros dos fenómenos: la erotización de la sociedad (con el surgimiento de la pornografía como un subproducto) y la inexorable mecanización de las relaciones humanas debido al triunfo de la tecnología. Resulta difícil saber cuál es más destructivo: la conversión de nuestras ciudades (donde solían existir civilizaciones esencialmente decentes) en grandes Sodomas o la intrusión de la tecnología y las formas mecánicas de pensamiento en la intimidad de las relaciones humanas y familiares, desde el nacimiento —en realidad pre-nacimiento— a la muerte (1). Pero sí podemos hacer la crónica de la degeneración sexual moral —llamada liberación por otros— prácticamente de año en año.

Hubo un tiempo, tras la Segunda Guerra Mundial, en el que, tanto en literatura como en arte, en política y en educación, se concedió gran importancia a la «sinceridad» e incluso a la «transparencia» en las relaciones humanas. Lo que la gente quería expresar con esto, que pensadores como Sartre glorificaban, era la afirmación del yo como fuente de valores y la abolición de los secretos (cuestiones no públicas) encarnados en instituciones. «¡No más diplomacia de secretos!» pregonaban los fundadores de las Naciones Unidas. «¡Fuera el matrimonio-relaciones sexuales libres!» reclamaban algunos en nombre de la nueva moralidad.

(1) La reciente «Instrucción sobre el respeto de la vida humana» llama la atención sobre esta mecanización, particularmente la manipulación bio-tecnológica de los niños, la madre y el padre.

Aquéllos fueron también años de entusiasmo por *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, una especie de manifiesto feminista con fundamentos supuestamente filosóficos. «¡Amor libre y no al matrimonio!» había sido también el *slogan* en los primeros años de la Unión Soviética. Pero poco después siguió una remoralización de la legislación sexual. En los años siguientes a 1945, el *baby-boom* fue quizás el último acontecimiento moral sexual dentro de los límites legales y legítimos. Lo que luego ocurrió pertenece a nuestra crónica.

El divorcio *en masse* fue el primer síntoma de que el nuevo hedonismo se dirigía hacia su objetivo natural, la familia. Pero hoy ha llegado el tiempo en que tal fenómeno universal parece casi respetable. Aún más, una cita de *The Economist* (21 de febrero de 1987) es suficiente para que nos detengamos: «En los Estados Unidos en 1960-80 hubo un gran auge de relaciones prematrimoniales haciendo uso de píldoras. La tasa de natalidad descendió un 42 %, la tasa de divorcio se duplicó... Menos de una de cada diez familias americanas se amoldaba a la antigua imagen de Norman Rockwell del padre en la oficina, la madre en la cocina y los pequeños en casa».

En verdad que la institución familiar ha sufrido cambios durante todos los tiempos. Existió la familia «en sentido amplio» versus la «nuclear»; en la Roma antigua, el padre tenía absoluto derecho sobre sus hijos, tanto a la hora de su nacimiento como de su muerte; en la época medieval los hijos de corta edad eran enviados al servicio de otros señores; la nueva construcción de aposentos burgueses durante los siglos XVIII y XIX era un factor que favorecía el relativo aislamiento entre los niños y los adultos, y así esto repercutía en la familia. Pero en ningún momento la familia fue atacada o ridiculizada. Cuando a principios de este siglo André Gide exclamó: «¡Familias, os odio!», se atribuyó acertadamente a su temperamento artístico extravagantemente consciente (y homosexual). Gide había sido criado por su madre, su abuela y dos tías solteras.

La legalización y aceptación social (¿cuál viene antes?) del divorcio, lógicamente, condujo a experimentos con «matrimonios

a prueba». De aquí se puede deducir —como del resto de los temas de nuestra crónica— que la moral sexual tiene su propia lógica y que los fenómenos sociales nunca aparecen separados de otros fenómenos a los que esta lógica apunta. Aquellos ingenuos observadores, por no mencionar a los ideólogos y planificadores, que argumentan, por ejemplo, que la píldora anticonceptiva no tiene nada que ver con la descomposición de la familia, o actúan de mala fe o su interés singular les ciega impidiéndoles ver la inevitable reacción en cadena. O, si lo prefieren, la teoría del dominó. El matrimonio a prueba, que se inició en Suecia, no era, por supuesto, más que una pareja viviendo juntos, aunque el empleo de la palabra «matrimonio» fuera un caso de vicio pagando tributo a la virtud. La diferencia entre este caso y el típico amorío extra-marital consistía en que mientras el primero llegó a ser socialmente aceptado, el último era secreto. La franqueza, se podría decir el carácter cuasi-público, del «matrimonio a prueba» ha tenido importantes consecuencias y ramificaciones.

Una es la legislación. Las palabras «compañera» y «vivir-con-la-novia» se han unido a la terminología diaria aceptada, y nuestros tribunales, inspirados sociológicamente, toman en cuenta de modo creciente esta aceptación. En Francia, la cohabitación sin matrimonio tiene claras ventajas tributarias sobre la situación de los matrimonios (y, por supuesto, la tasa de natalidad desciende por las mismas razones que en Estados Unidos). Los «matrimonios a prueba» son acuerdos temporales, por no darse la permanencia ante la presencia de un hijo. Tal presencia sería un obstáculo para una segunda o tercera cohabitación, etc. La legalización de lo que se solía llamar *liaison amoureuse* surgió con las demandas de alimentos entabladas por las ex-amantes. De esta forma se ha abierto otra puerta por donde la familia puede ser atacada.

La otra consecuencia del matrimonio a prueba tiene que ver con el nuevo *ethos*. Es cada vez más frecuente que una hija lleve a su última conquista del colegio o de una fiesta a pasar el fin de semana a casa de su padres y que la madre pregunte:

¿preparo la cama para los dos? Para el sociólogo es un dato de investigación en la «evolución» de la familia; pero, ¿qué supone para la familia y sus miembros? Banaliza los vínculos del amor familiar mediante la demostración de que la familia es gratuita y no tiene justificación cuando el acto central íntimo se realiza, sin compromiso serio y duradero, sin garantías de amor e institucionales, incluso en el ambiente familiar. Incluso se trivializa el desayuno de la mañana siguiente por la presencia del invitado pasajero que no es realmente un invitado sino un cliente.

Es importante meditar este aspecto de la cohabitación porque la mujer está en su centro. A pesar de lo que los sociólogos progresistas, psicólogos, sexólogos y otros intelectuales puedan decir, la mujer es el elemento en que se funda la sociedad y, en consecuencia, la familia. La mujer es monógoma por naturaleza (*pace*, todo el mundo), pero mientras el hombre (hijo, marido, amante) es centrífugo en relación a la familia, la mujer guarda el orden en un sentido físico y moral. Ellas dan al hogar ese tono indefinible del que todos somos conscientes y sus criterios éticos y de comportamiento determinan lo que se puede y no se puede hacer. De ellas depende, más que de las instituciones del mundo exterior, el estado moral y la integración social de la sociedad. La descomposición y derrumbamiento posteriores dependen de las normas que las mujeres dejan de preservar. Al hombre siempre se le permite una gran laxitud en este ámbito, pero cuando las mujeres empiezan a ceder en cuestiones de *sensibilidad* moral, cuando comienzan a utilizar palabras malsonantes, cuando dejan de ver diferencia entre un comportamiento decente e indecente, la sociedad está condenada (2).

El matrimonio a prueba y sus variantes, que surgieron en los años 50 como datos de investigación sociológica, y como valor neutral, fueron los principales factores responsables del feminismo. Es falso que este último sea político o incluso económico; principalmente implica la ideologización del sexo. Causa

(2) En sociedades tradicionales (Atenas, Oriente Medio, Japón, Francia en el siglo XVII, etc.) la hetaira, la geisha o la cortesana estaban fuera de la sociedad, aunque eran parte necesaria y orgánica de ella.

la desintegración social, igual que la «revuelta del campus» de los sesenta y setenta, obra de otra minoría falsamente oprimida, causó la ruina de nuestras instituciones como instituciones académicas.

Por consiguiente, el feminismo debe ser considerado como un subproducto de la invención técnica del *safe sex* (la píldora), que abrió la puerta de la igualdad de las mujeres con los hombres y a las ventajas sexuales de los hombres. Una ideología completa ha cristalizado en torno a la igualdad sexual. El grito del «derecho de la mujer sobre su cuerpo» simplemente imita el efectivo derecho del hombre de hacer lo que desee con su cuerpo, en el sentido de que no tiene que preocuparse de las consecuencias: él no queda embarazado, no sufre las molestias del embarazo y parto, no está atado al hogar por el cuidado de los niños, es libre para ser promiscuo.

La envidia de las mujeres por la libertad (ventajas sexuales) de los hombres, expresada ahora hipócritamente en nombre de la igualdad democrática, se refleja en un libro de Elisabeth Badinter, esposa del ex-ministro francés de Justicia (con Mitterrand). La señora Badinter, una especie de mini-Beauvoir, insiste en que la igualdad total solo se conseguirá con el «avance» médico de transferir el embrión al cuerpo del hombre. Del hombre embarazado el hijo volverá a ser pasado al vientre de la madre que será quien dé a luz. Nosotros solo podemos ver horror y abyección en esta especulación cerebral, pero para la Badinter debe ser una forma de envidia fálica: los hombres también deberían estar atados a la condición de la mujer (3).

(3) El feminismo como fenómeno «cultural» ha aparecido incluso en los textos de lengua de los colegios. Los libros de texto son un medio idóneo de autorizar una ideología poco a poco, y particularmente los libros de lengua donde el estudiante incauto está indefenso respecto a la presentación de países extranjeros y costumbres. Yo he visto pequeños dibujos en dichos libros que muestran a una esposa, Jane, que va a la oficina por la mañana, mientras su marido, Dick, permanece en casa y hace las tareas domésticas. El texto menciona que no todas las parejas han adoptado todavía este nuevo acuerdo, pero que es ilustrativo para el futuro.

Deben mencionarse con especial énfasis dos de las principales consecuencias del feminismo. Una es el aborto, que resulta del argumento retorcido de que una mujer tiene absoluto derecho sobre su cuerpo. Esto significa igualmente que el niño no tiene derecho a nacer, ni la familia a ser tal, ni la sociedad o nación a ser un todo viviente. A pesar de todo, desde el momento del nacimiento, si no de la concepción, la sociedad entra en diversas relaciones con la nueva criatura: protección, integración en una tradición, lenguaje, historia, costumbres, la cadena de la vida, la muerte, lo que todavía no ha nacido. A cambio, la sociedad espera beneficiarse poco a poco del nuevo miembro: de su talento, lealtad, defensa de intereses comunes, y otras contribuciones potenciales. No es un contrato —así como lo ve la teoría liberal— que significa algo revocable: es la integración con un cuerpo viviente. Sócrates nos enseñó que la muerte es preferible al destino de ser rechazado como un exiliado, un proscrito, un desterrado, un refugiado.

El recién nacido, o el niño que va a nacer, es un haz de potencialidades actualizadas por la madre, la familia, el ambiente, la nación o por el conocimiento histórico. Qué horrorizado quedé cuando leí en el *Newsweek*, durante un vuelo hace pocos años, en una carta de una mujer al director, esta frase: «Un feto en el vientre es tan horrible como el desarrollo de un cáncer». Milenios de normalidad se desploman al rumor de estas palabras, peores que las que cualquier guardia de un Gulag o cualquier torturador jamás pronunciaron. En cierto modo el verdugo respeta el cuerpo de la víctima, y a través de la carne débil, su alma. Las palabras de la autora de la carta nos lleva directamente al infierno del fin del respeto de sí mismo.

Pero no es la declaración aislada de un terrorista singular (un terrorista es un asesino de personas ignorantes e indefensas). Hace dos años en Barcelona, en la nueva España liberal-democrática, tres mil mujeres asistieron a una manifestación en la que tres de ellas, mujeres embarazadas, subieron al podio para inducir al aborto. A continuación las otras firmaban una manifiesto de que ellas también abortarían un hijo no deseado. Desde en-

tonces, las leyes en España han promulgado el contenido de este compromiso.

La otra consecuencia del feminismo es «la maternidad suplente». Es bien sabido el deseo de un hijo que tienen ciertas parejas estériles, incluso aunque la reciente *Instrucción* de Roma explica que un hijo no es un derecho sino un regalo, y que las parejas sin hijos deben acudir a la adopción pero no pagarlo o conseguirlo mediante fertilización *in vitro*. La «maternidad suplente» significa asimilar el seno de la mujer a una salida de ventas donde un ser humano puede ser encargado y comprado como mercancía. La impersonalidad de la operación está subrayada por la misma mujer que da a luz fabricando más de un producto, esperando por cada uno el precio de mercado actual. En el otro extremo del contrato, si puede llamarse así, está el padre, no un padre de carne y espíritu, sino de semen únicamente, el elemento que contribuyó en una situación aislada y de masturbación sin el beneficio del amor y la unión espiritual-física con una mujer.

La criatura en sí misma —que debe saber más tarde que fue un producto de laboratorio— no tiene ni padres ni identidad, es simplemente una prueba viviente del progreso científico. Si tiene talento se le calificará como alpha entre los productos de laboratorio del *Brave New World*; si es una persona media, beta; y si es peor, delta o gamma. Es aterrador pensar en lo que estas personas pueden desencadenar en lo que todavía llamamos raza humana. No debe haber nada mal en sus cuerpos o en sus mentes. A pesar de todo, el hecho de que vinieron a la existencia de una forma mecánica, sin la clara identidad del padre y la madre, afectará a su identidad moral, su búsqueda de raíces. Para la mente científica no existe ningún problema. La carta de un físico al *New York Times* (19 de febrero de 1987) expone que es fácil una unión entre la madre suplente y su hijo: se la tranquiliza con sedante durante el parto y cuando vuelve en sí el niño nacido ha sido apartado y entregado a sus nuevos padres. El doctor H. Lehnhoff expone que tal acuerdo «podría ser parte

del contrato». La fría inhumanidad de tales «soluciones» es alarmante.

Significativamente, el problema de las madres suplentes, como la misma ideología feminista, está planteada en términos equivocados. El partidario del aborto, Daniel Maguire, un ex-sacerdote y profesor en Marquette, se opone a ello con el único fundamento de que en tales ocasiones una mujer en dificultades económicas se ve obligada a vender sus servicios a alguien de clase más próspera. Maguire no considera al niño como la pobre víctima *par excellence*. Prefiere aplicar el análisis marxista.

La relación de aberraciones sexuales en el siglo xx ha seguido generalmente la cronología de sucesos. Con la homosexualidad debemos forzosamente abandonar esta cronología. Las aberraciones hasta ahora catalogadas son básicamente nuevas en la historia de la humanidad, aunque no sea por otra razón que la intervención tecnológica que las ha hecho posibles y las ha catapultado a un status de sensaciones a escala mundial. De modo extraño, entre la aberraciones referidas, la homosexualidad ocupa la posición más antigua; si no la más respetable, es, por lo menos, tanto un dato de nueva investigación como una realidad histórica que siempre ha jugado un papel marginal, pero bien conocido, en las comunidades humanas.

Lo que nuestra sociedad ha añadido al fenómeno homosexual es la franqueza descarada, lo cual significa una inmediata politización, una exhibición en la plaza del mercado en forma de «lobbies» con influencia en la legislación y desfiles delante de catedrales. Siempre han existido homosexuales, pero escondían su condición lo más posible, de la misma forma que se esconden los amantes, que de hecho encuentran algo excitante en su condición secreta. Es quizás la inclinación democrática-igualitaria de esta época la que estimula a la gente a lavar sus trapos más o menos sucios en público y a profanar los asuntos íntimos discutiendo, analizando e investigando *ad nauseam*.

Pro lo que se refiere al feminismo —simétrico con la homosexualidad, en cuanto es parte de la política sexual— los «gays» se dieron a conocer públicamente a través de los esfuer-

zos de un puñado de activistas. El mundo tenía que quedar enterado, y la sociedad calificada de «injusta» tenía que ser enmendada por un levantamiento revolucionario. Es difícil determinar dónde se sitúa la injusticia en el campo social; después de todo, nadie interfirió en la vida de los homosexuales cuando sus prácticas permanecieron confinadas en lugares privados (4). La raíz de la nueva publicidad por y para la sodomía era ideológica: el poder de destruir instituciones, ridiculizándolas y caricaturizándolas, primero, y, desmantelándolas, después por su condición débil y poco resistente. Y, entre las instituciones, la familia es siempre el blanco principal de los movimientos de erosión social. La confusión de los miembros de la familia en lo concerniente al «papel sexual» que desempeñan el padre, la madre y los niños —considerados papeles convencionales que no corresponden a su real aunque escondida orientación sexual— puede ser explotada en vista del desenmascaramiento de la familia como foco de hipocresía. ¿Y qué podría ser más dañoso?

El objetivo se alcanza mejor poniendo la «contra-familia» como modelo alternativo. Esto significa una familia homosexual en donde las funciones naturales de una familia son vistas como en caricatura: las identidades matrimoniales se desdibujan, la bendición religiosa resulta ser una parodia, y la adopción un medio de reclutar nuevos objetos sexuales. Todo esto resulta más fácil por la mala conciencia de las instituciones liberales (cámaras legislativas, tribunales, agencias sociales) que oficialmente no pueden distinguir lo lícito de lo ilícito y se sienten obligados a comportarse *vis a vis* con las parejas homosexuales como si no tuvieran ojos para ver quién está delante de ellos, exigiendo nuevas leyes, nuevos derechos, una nueva moralidad.

En una década fugaz, la revolución gay triunfó quizás más allá de las esperanzas más fantásticas de los ideólogos. Los me-

(4) En la mayoría de las sociedades particularmente la oriental y latina, la tolerancia fue más allá. En la antigua Grecia del Renacimiento, en la Francia del siglo XIX, la homosexualidad estaba muy extendida entre artistas y poetas, gente refinada en exceso. La mayoría, más apegada a la vida cotidiana, no tenía tiempo libre para pensar en esos lujos.

dios de comunicación sirvieron de ayuda informando sin parar acerca de abusos de menores, inhabilitando indirectamente también a las familias normales, y sacando a la luz historias sobre la liberación de los pederastas de todas las trabas de la heterosexualidad (5). Algunas iglesias y el Tribunal Supremo, encerrados en la lógica de su liberalismo poscristiano, han proseguido e incluso han marcado el camino. El Jefe de Sanidad, un estricto científico (médico), sin ninguna consideración de la obligatoria penumbra ética de su alto cargo, insiste en la total sexualización de las escuelas en nombre de ese gran ídolo: Información Implacable.

El Dartmouth College le toma la palabra: los estudiantes de primer grado reciben todo un equipo sexual con preservativos y lubricantes, y un prospecto explicando *cómo hacerlo*: sexo oral y anal, *fisting*, de todo. La industria y televisión siguen la moda lanzándose a empresas de billones de dólares mediante la publicidad de preservativos. En resumen, el programa liberal será: instituciones desmanteladas, moralidad de hágalo usted mismo, hacer dinero. Lo llaman educación para la democracia.

La ostentación gay no es la última en el proceso de la abominación sexual. El incesto invade el cine, los datos de investigación y los negocios (en San Francisco existen boutiques para este propósito). Tímidamente, la legislación empieza a aprobarlo. Después de todo, el abuso de menores incluye las relaciones sexuales entre padre e hija; ¿por qué no despenalizarlo? Las premisas están puestas: en Nueva York, un alto cargo de la policía, después de haber visto en televisión las boutiques de California, me dijo: «Es bueno que se sepan las cosas. El público debe estar enterado». Esta es la política del Jefe de Sanidad. Ni una pala-

(5) En *New York Times Magazine* (15 de marzo de 1987) un marido y padre de dos hijos cuenta cómo llegó a admitir su inclinación ante su esposa, cómo abandonó su familia (los niños lloraban), cómo se trasladó a vivir con su amigo y cómo todo esto es normal. En verdad, la función que desempeñan los medios de comunicación en la actualidad es transformar lo abyecto e inmoral en normal. Ellos lo llaman crónica de la evolución moral.

bra sobre represión. En el omnipresente clima liberal ni el Jefe de Sanidad, ni ningún gran preboste comprenden que la «información» tiene doble filo: produce indignación, sí, pero también estímulo e imitación.

Las muchas facetas de la sexualización de la sociedad pueden camuflar su principal objetivo: la abolición de la familia en favor de una unidad de toda la humanidad donde no se admitan vínculos privados y donde la «transparencia» se imponga sobre todo. Este programa permanente de literatura utópica, esta bandera de todos los regímenes colectivistas, proviene de una de las pasiones más poderosas del hombre: la igualación de todas las diferencias (excepto para aquellos «más iguales» que el resto) y la mecanización social en lugar de la libertad. En cada época esta pasión surge bajo nuevos *slogans*: efectivamente existente tanto utopías puritanas como sodomitas. O, ambas, en cuyo caso la primera proporciona la justificación, la teoría fría, mientras la segunda proporciona el reclutamiento. En otras palabras: el alcahuete y la prostituta.

Incluso cuando escribo esto, existen nuevos informes de situaciones obscenas previamente inimaginadas e inimaginables, que describen puramente —«científicamente»— los actos que la ley autoriza ahora o que va a autorizar. Mientras que una sociedad al parecer insensata dispone lo que es lícito escribir en las leyes para abogados, jueces y legisladores, un comentarista señala a propósito de la maternidad suplente, que los cálculos que entran en los contratos entre las partes «turban el orden social».

¿En qué consiste esa turbación? Se deben mencionar dos casos recientes entre los muchos que ya invaden las salas de justicia (pero que no parece ofender la conciencia de los «contratantes»): una abuela surafricana anuncia felizmente la implantación en ella de óvulos de su propia hija, fertilizados *in vitro* por el espermatozoide de su yerno, y la buena disposición para entregar el bebé —tres de las cuatro «implantaciones» viven ahora en su vientre— a su hija. (¿Es esto incesto? ¿Es una fusión de los dos papeles, madre y abuela? ¿O ambas cosas?). Una pareja que

entre tanto se ha divorciado dice a la madre suplente a la que ha contratado que aborte. Ya no se necesita el fruto esperado, es un caso de desistimiento. Pero no se trata de un coche sino de un niño vivo.

Por eso, preguntamos otra vez, antes de que nos inunden revoluciones biotecnológicas más modernas: ¿cuál es el fondo de la cuestión?

No estamos tratando con simples casos legales aislados. Está bastante claro que nos enfrentamos con una escalada implacable, con el desenvolvimiento de una lógica satánica que disocia una cuestión de otra para así destruir nuestro sentido del horror. Básicamente nos piden que demos nuestro consentimiento moral a la producción en masa de unidades con vida y forma humana, destinadas a no tener padres o familia, ni amor ni lealtad, sino exclusivamente principios de bio-comportamiento para una existencia dirigida. Efectivamente, en este estado tecnológico se toma el esperma de un humano, y la familia está lista (?) para recibir el bio-material contratado, con un desembolso inicial. Pero la tecnología se perfeccionará; y surgirán preguntas: ¿por qué no esperma artificial y útero artificial? Y ya que los padres de alquiler pueden no presentarse, ¿por qué no crear grandes orfanatos estatales para alojar a los pequeños «alphas»?

¿Es ésta una fantasía de Huxley? En absoluto. La escalada desde el divorcio y el matrimonio a prueba hasta la adopción por pederastas muestra que la realidad otra vez supera la ficción. Mientras llegue ese tiempo en que bastarán unos cuantos supercientíficos (Huxley los llamaba «controladores del mundo») para controlar los laboratorios donde toda la «humanidad» sea creada por medios químicos, tú y yo, seguiremos teniendo pasiones, intereses y motivaciones que se encuentran con las motivaciones, intereses y pasiones de otras personas. El hombre es terriblemente ingenioso cuando se anima a representar el papel de Dios, y eso es exactamente lo que permite la bio-tecnología. En otras palabras, pueden surgir las más horribles combinaciones y permutaciones de los precedentes que ahora presenciemos. No

podemos imaginarlas más de lo que hubiéramos podido imaginar la situación actual hace diez años.

No se trata de una nueva civilización —acompañada de una nueva moralidad— que surge gracias al adelanto tecnológico. Pensadores e historiadores del pasado podían proyectar tales perspectivas y utilizar frases como «la moralidad debe ponerse al nivel del progreso material» solo porque, desde tiempos remotos, pensaron que se enfrentaban con un conflicto misterioso y romántico entre incompatibles.

Nosotros conocemos, exactamente como lo conocieron Adán y Eva, el significado del pecado tras el episodio del Edén. El pecado es usar nuestra libertad en un acto final que termina con toda libertad. *A este lado* de ese acto tenemos una especie humana que sobrelleva una pesada carga y vacila ante elecciones y decisiones; que tropieza innumerables veces pero que vuelve a enderezarse frecuentemente incluso subiendo por encima de su altura. Los hombres no pueden alcanzar la utopía, ni incluso la gran felicidad. Pero mediante la libre elección consiguen alguna satisfacción, alegría, penetración, la exploración de los límites. *Al otro lado* —«más allá de lo bueno y lo malo» (¿más allá también de la elección?)— queda una existencia biológica garantizada (para aquellos no abortados), creada mecánicamente (fertilización *in vitro*) o deshecha (eutanasia). Cada paso es pre-programado, las relaciones humanas se siembran, se interrumpen, se vuelven a dirigir, se deshacen, conforme a intervenciones mecánicas y los mecanismos tecnológicos. Por último, de una madre-máquina surgen pequeños robots, siendo su único vínculo con el padre-máquina un material viscoso vertido sin amor en un tubo. El amor no es problema.

La ironía es que todo esto —feminismo, movimiento gay, aborto, tubos de ensayo— parte de la «revolución sexual». El resultado es que el sexo no es libre sino aterrador. En lugar de Romeo y Julieta, tristes contratantes se enfrentan entre sí; las escuelas —*in loco parentis*, ¡qué chiste!— se centran en la técnica del sexo anal; el chico y la chica se cogen de la mano bajo la nuebe del SIDA.

THOMAS MOLNAR

La vida mecanizada, el ocio mecanizado, el sexo mecanizado, mañana los niños fabricados. ¿Dónde aparece la condición humana en todo esto? Simplemente un período de tiempo entre un nacimiento y una muerte contratados.

(Traducción de ANA AYUSO)